

CARRUSEL

HUGO CORREA

—¿Listo, señor Kachur?

—Sí, coronel.

—¡Fuego!

Al cabo de siglos de quieta soledad las rojas arenas recibieron el cuerpo del hombre. Declinaba el día: un sol pequeño esparcía luz sobre las dunas.

—Sáquenle la ropa y sepúltenlo. El traje nos puede servir. Los espero en la base.

Las botas hollaron el arenal, haciendo el camino de regreso. Los otros dos pares de botas se aproximaron al caído. Removieron el desierto marciano hasta hacer una oquedad suficiente para contener el cadáver. Luego la roja mortaja envolvió los despojos, empujada por el invasor.

—La cara que puso cuando el coronel lo desenmascaró. Es la primera vez que he visto la desesperanza en una persona. Era un niño, casi.

—Se lo merecía este traidor. Pasaremos tres meses abandonados aquí. Ilya, con un poco de habilidad, estaba en condiciones de asesinarnos a todos, y esperar tranquilo el regreso de los cohetes. El único sobreviviente de cualquiera fingida calamidad. Habría regresado en calidad de héroe y, antes que lo descubriesen, tendría ocasión de escaparse para ir a dar cuenta a sus amigos.

Un montículo señalaba la tumba del ajusticiado. El sol se ponía en esos instantes; se alargaron las sombras de las dunas y pasaron sobre el túmulo como un parpadeo. Los hombres emprendieron la vuelta a la base. A lo lejos se recortaban contra el cielo las primeras colinas del extremo meridional de la Gran Syrte, la mancha verde del planeta.

El frío de la noche marciana se abatió sobre el yermo. Se recubrió el arenal de gemas: gotículas de agua rápidamente congeladas. Una túnica púrpura, recamada de brillantes, rodeó la Gran Syrte. Deimos asomó un cuerno en lontananza, y se lanzó en rauda vuelo por encima de las constelaciones. Los despojos del muchacho descansaban envueltos en la mullida piel del planeta. Ya no sangraban las heridas, obturadas por el polvo: el sedimento le insufló al cadáver su milenario calor. Lo impregnó con su decantación eónica. Se removió el montículo, y surgió de él una mano que se agitó bajo el resplandor astral, seguida de inmediato por una faz enrojecida, por cuyas mejillas resbaló la arena. Los revividos dedos limpiaron los ojos, las narices y los labios. Ilya, enterrado hasta la cintura, abrió los ojos y oteó, sorprendido, el panorama. Una frescura a tierra añosa y a hielo nocturno dilató sus narices. Respiró a pleno pulmón la etérea atmósfera. Se sacudió el pelo y, con un pequeño esfuerzo, se puso de pie. Miró su sepultura con cierta extrañeza, como si se tratara del recién dejado lecho. Entonces recordó.

—Me mataron. Sin embargo... ¿Y las heridas?

Los cinco orificios causados por las balas eran manchas ligeramente oscuras, apiñadas sobre el corazón. Los dedos comprobaron que la piel, en esa zona, permanecía lisa y suave al tacto, sin hendiduras ni asperezas.

—El coronel se salió con la suya. ¿Cómo se las arreglaría? Con seguridad se valió de mis viajes al extranjero. Tiene buenos amigos en la policía secreta. ¡Qué le vamos a hacer! Si me dirijo al campamento los mataría a todos con la impresión. Pobres. Los hombres son débiles: necesitan trajes del espacio y una presión adecuada para resistir este ambiente. Y yo, ¿qué soy? ¿He dejado de ser hombre?

Contempló el desierto: una alfombra escarlata, salpicada de luces iridiscentes, ligeramente sombreadas por las mórbidas dunas. El veloz Deimos rasgaba la inmensidad como un puñal malayo esgrimido por una mano invisible. Las enormes, rutilantes estrellas, lo saludaron alegres. Un aerolito cruzó el firmamento: su radiante cola permaneció largo rato deshaciéndose contra la galaxia.

—No, no soy un hombre. Soy un neomarciano.

Dio un prodigioso salto y aterrizó con la desenvuelta ligereza de un bailarín, levantando una tenue nube de polvo. Siguió brincando y desplazándose sobre la fulgente arena, sin cuidarse de tomar un rumbo determinado, sino con la despreocupación de quien ejecuta una danza en un escenario ilimitado, al compás de una melodía que se acomoda a los pasos del danzarín.

—Ya has brincado bastante, ¿no?

Una voz a sus espaldas: una voz humana, sonora, que se esparció sobre las dunas con un eco diáfano, hendiendo de pronto la quietud. Ilya se volvió. Un hombre lo observaba desde la cresta de una duna. No llevaba ropas y su piel desprendía una leve luminosidad.

—¿Quién eres? —indagó Ilya. Notó que su voz, como la del aparecido, surgía con extraordinaria potencia y se quedaba vibrando, haciendo tintinear el congelado rocío.

De un salto el otro estuvo junto a él. Lo examinó con tranquila curiosidad. Los rasgos de su rostro parecían poco firmes. Cambiaban constantemente, como la imagen reflejada por una laguna de suave oleaje.

—Un marciano. Pero de los viejos marcianos: No un neomarciano como tú.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te vi llegar.

—¡Me viste llegar! —exclamó Ilya—. Pero, ¿dónde estaban ustedes? Este planeta no tiene habitantes.

—Eso creen los hombres. Pero estoy aquí, ¿no es así?

Ilya se dejó caer al suelo, confuso. El marciano se sentó frente a él.

—No trates de explicártelo. Somos una raza vieja; dominamos las dimensiones, ¿ves? Desde hace siglos, en previsión de una posible visita extramarciana, nos cambiamos a la dimensión vecina para que no nos viesan. Elemental.

Asió un puñado de arena y la hizo deslizarse entre sus dedos: cayó a tierra como una cascada radiante. Ilya lo imitó.

—Has de saber que mis compatriotas me mataron. Alguien llamó desde la Tierra y me acusó de traidor al coronel.

El marciano le hizo un alegre guiño.

—Estás vivo; es decir, naciste a la vida marciana con tu muerte terrestre. La *vitalina* te resucitó.

—¿La *vitalina*? ¿Qué es eso?

Por toda respuesta el otro tomó un puñado de arena y la engulló, dando muestras de gran deleite.

—Hemos recubierto el planeta con esta substancia, la cual ahora se regenera sola bajo la influencia de la energía cósmica. Deseábamos tener un planeta confortable. Únicamente en el desierto, donde están tus ex congéneres, no hay *vitalina*.

—¿Desierto? ¿Así llamas a la Gran Syrte, la zona verde más extensa del planeta?

—Es el desierto, la única región estéril que nos queda. Pronto será también productiva.

—¿Y qué piensan hacer con los hombres? ¿No van a decirles que aquí hay gente?

—No tenemos tiempo. Si tuviésemos que explicarle a cada habitante de otro mundo cómo vivimos, esto sería el infierno. Por eso los dejamos venir y hacer lo que quieran. Es asunto de ellos.

—Me parece un egoísmo sin nombre. Ustedes son iguales a nosotros...

—¿Iguales? —El marciano se puso a reír—. ¿Lo dices por mi apariencia? Para hablar contigo me he visualizado como hombre. Pero no soy así.

Dicho lo cual la humana forma se hinchó y se convirtió en segundos en un cuerpo ovoide, de ambarinos destellos y ligeramente translúcido. Dio dos o tres saltos en el desierto —una pelota liviana y flexible que rebotaba—, y prosiguió con una voz susurrante, suave y adormecedora:

—No somos muy parecidos que digamos, ¿verdad?

Ilya tragó saliva.

—Y tus compatriotas, ¿no me harán el vacío por mi aspecto?

—En absoluto —replicó el huevo—. No juzgamos por el físico. Mal que mal somos civilizados. Y, sinceramente, hay formas peores que la humana en esos mundos.

Señaló el cielo con un apéndice que surgió y desapareció veloz de su parte superior. En seguida, se alejó dando ágiles botes.

—¡Espera! —gritó Ilya—. Espera. Todavía tengo preguntas que hacerte.

Volvió el ovoide.

—¿Qué quieres?

—¿Hay ciudades en Marte?

—¿Ciudades? —Trataba de recordar; el esfuerzo se traducía en rápidos cambios de color que abarcaban toda su nacarada superficie—. ¡Ah! Ciudades...

Se estremecía entero, como si de un momento a otro fuese a deshacerse y desparramarse por el suelo.

—¡Qué gracioso! ¡Ciudades!

—¡No veo dónde está lo gracioso! —exclamó Ilya, amoscado—. La ciudad es el símbolo de la civilización.

—De la civilización primitiva, querrás decir. No; aquí no hay ciudades. Hace miles de años, en la Era de la Forma Constante, existieron.

—¿Qué Era es ésta?

—Cuando los marcianos tenían que conformarse con la figura dada por la naturaleza. Como comprenderás, eso es antiquísimo. Es paralelo a las ciudades, a la democracia, a la igualdad, al comunismo, etc.

—Pero, ¿qué régimen político impera hoy en Marte?

—El Nomadismo Libre. Cada uno hace lo que le place, va donde le place y se queda donde le place. Anarquía Racionalizada, en otras palabras. En un sistema así no pueden existir las ciudades, como comprenderás. El Universo es demasiado amplio como para quedarse mucho tiempo en una parte determinada. Y menos desde que dominamos la teleportación. Ya aprenderás todo eso. A cualquiera le puedes preguntar.

Se elevó a gran altura. Ilya esperó su caída y el próximo rebote. Pero el huevo se desvaneció en el aire.

El desierto recuperó su soledad.

Ilya se encontró con el segundo ovoide cuando creía hallarse cerca de sus compatriotas. Ahí estaba la Gran Syrte; pero ni rastro de las instalaciones.

—Vaya, ¿cómo las vas a ver si te encuentras en otra dimensión? Tienes que aprender primero a teleportarte. Entonces estarás en condiciones de ir al Marte de ahora, del pasado y del futuro. Y todo esto dentro de sus infinitas dimensiones paralelas. Porque has de saber que cada mundo posee infinitos estratos dimensionales. ¿A qué hombres quieres ver?

—A mis compatriotas. Llegué a Marte con tres hombres como yo.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—El marciano vive en el presente. Espacio-tiempo-continuo con discontinuidad-extratempórea-hiperespacial, es decir, teleportación. Para tu comodidad hablemos de presente-menos y de presente-más. Es una aberración, por cierto. Pero es lo único asimilable al ayer y al mañana, esos arcaicos conceptos. En un presente-menos llegaste a Marte. Perfecto. Pero, ¿cuánto habría que restarle al presente para tener tu hora de llegada?

—Eso es fácil —replicó Ilya—. Llegué de día: el sol estaba alto en el cielo cuando aterrizamos. Bajó el sol y llegó «esta» noche.

A lo que el marciano observó con displicencia:

—Vas a tener que buscarte a otro para que te aclare tus problemas. Desde que nací evito los días. Me teleporto de noche a noche. No me gusta el sol, ¿ves? Y vengo llegando recién de Pólux.

Ilya empezó a impacientarse.

—Por favor —rogó—. ¿Cómo puedo aprender a teleportarme?

—Es muy sencillo: entiérrate en la *vitalina* pensando en la teleportación. Vas a perder la conciencia. Cuando la recuperes sabrás teleportarte.

Continuaba la noche. Ahora era Fobos, el satélite, que recorría su vertiginosa órbita. Deimos estaba por hundirse en el rielante horizonte.

—Teleportación. Basta pensar en una época o en un lugar cualquiera y estaré ahí. Necesito ir donde los hombres y enseñarle estos prodigios. Me convertiré en el máximo benefactor de la humanidad. El coronel se pondrá verde de envidia.

Aspiró el fresco aire a bocanadas.

—Hola, neomarciano —le dijo alguien a su lado.

Un ovoide le observaba, lanzando suaves destellos.

—He aprendido a teleportarme —le comunicó él, con orgullo.

—Cuídate. Es un deporte peligroso.

—¿Por qué?

—Careces de la propiedad nuestra para cambiar de formas. Nosotros adoptamos la de los pobladores de cualquier mundo visitado para no despertar desconfianza. Por ahora confórmate con viajar a planetas habitados por seres de tu especie.

—Quiero ver a los hombres. Creo estar en condiciones de ayudarlos.

—Renuncia a los hombres; nada te une a ellos. Eres un neomarciano.

—¿Y qué saco con trasladarme a todas las épocas y a un millón de mundos si nunca podré ser de utilidad a mis semejantes?

—Tus semejantes te mataron, ¿no es así? O sea, no necesitaban tus servicios. Con el tiempo aprenderás que nuestros semejantes nunca nos necesitan.

—¡Qué escéptico eres! —exclamó Ilya, irritado—. Los hombres serían felices con mis descubrimientos. Tengo que comunicárselos. ¡Ya sé cómo hacerlo!

El muchacho se puso de pie, entusiasmado con la repentina ocurrencia.

—¿Cómo lo harás?

—Me trasladaré a la época en que recién llegué a Marte. ¿Ves? Cambiaré el curso de la historia.

—Eso es imposible. Nuestro poder es limitado.

—Sé que lo puedo hacer.

—Volver a esa época, sí. Pero lo otro no. Perderás el tiempo.

—Ustedes son marcianos; nunca comprenderán al hombre. En cambio, yo sé que idioma puedo hablarles.

—¿Sí? En fin, ¿a qué momento preciso piensas volver?

—Cuando el coronel me acusó de traición. Ahora me defenderé con buenos argumentos y compartiré con ellos mis secretos.

El huevo se convirtió en una sola faz, contraída por una irónica sonrisa.

—¿A todos los hombres les falta lógica?

Y se desvaneció. Ilya se echó a reír.

—Ellos no están en mi caso. ¿Cómo me van a entender? Si voy al futuro me tomarán por un impostor, un loco o un aparecido. En cambio en el pasado... Claro que el coronel, que es tan ambicioso, puede hacerme una jugarreta. ¡La cara que va a poner cuando le hable de la teleportación!

Se concentró en el momento preciso de la acusación que lo llevara al patíbulo.

Ilya se encontró bruscamente marchando por el arenal, entre Iván y Volodia. En sus oídos, dentro de la escafandra, se oía la voz sarcástica del coronel.

—Desgraciadamente, señor Kachur, no estamos en condiciones de mantener prisioneros. Son noventa días de abandono en este desierto, ¿comprende? Por el buen éxito de esta expedición, usted debe morir.

—Soy víctima de una calumnia, coronel. ¡Nunca he sido un traidor!

No se le ocurrían otros argumentos. Ante sus ojos se desplegaba el vasto arenal rojo. El sol estaba por desaparecer tras los lomajes, cuyas sombras crecían a ojos vistas.

—Tampoco podemos seguirle un juicio hecho y derecho, señor Kachur. Estado de emergencia. En todo caso, usted ocupará un lugar destacado en la historia de esta conquista: el primer hombre muerto en Marte por causas no naturales.

Iván y Volodia no lo miraban. Evidentemente, mantenían esa actitud para disimular su emoción. Debía ser ingrato para ellos cumplir la tarea. Lo soltaron frente a una duna y, alejándose seis pasos, lo encañonaron con sus fusiles. Ilya se armó de valor: hinchó el pecho y levantó la cabeza, tratando de sonreír dentro de la escafandra.

—¿Listo, señor Kachur?

—Sí, coronel.

—¡Fuego!

FIN

Título Original: *Carrusel*.
Digitalización, Revisión y Edición Electrónica de Arácnido.
Revisión 3.